

REPORTAJE

«Una fiesta en el Club»

Como algunos domingos, hoy me he levantado tarde. Confieso que soy un poco perezoso, pero había retirado tarde la noche anterior y me encontraba bien en la cama. Eso sí, me he levantado con mucho optimismo y justito para la hora del almuerzo. El café he preferido tomarlo en la barra de «Cala Sila», sede de nuestro Club. Llevaba, naturalmente, un propósito: pasar entero un día de Club... Unos discos, en la pista una orquesta de fuera y ya tengo *plan* para desplazar el aburrimiento.

¡Y qué caramba, una copita de coñac no vendrá mal...! He hecho una digestión magnífica y el coñac estaba bueno.

Entro en la discoteca. Observo, por ahora, que no hay nada que se parezca a «americanismo extravagante». Una gramola, magníficos discos, por las paredes fotografías recortadas de Harry James, «Duke» Ellington, Count Basie, Don Byas... Una mesita con revistas conocidas, un cenicero, una alfombra que invita a no tirar las colillas al suelo, aunque las haya, etc. Y sentados, unos muchachos que, con mucha resignación, están escuchando los más bellos números y las improvisaciones más excelentes.

Bauras, encargado de la discoteca, atareado con los «álbums», disimula mi llegada, pero se atreve de cirme:

—Chico, no sé lo qué pasa, pero todo el mundo pide la «Conga brava» de Ellington. Esto da crédito a la «entreviú» mía aparecida en la Publicación.

Sonrí, para no molestar a los «swingfans» y «hotfans» presentes. La gramola empieza a tragarse discos como una máquina tragaperras. Alguien —joven dinámico— ha pedido un disco de tiempo rápido. Los oyentes, algunos, se entusiasman y siguen el compás con los pies. La gramola, con una potencia ensordecedora, empieza a echar chispas. El pequeño compartimento parece la boca del metro: jóvenes que entran y salen sin respeto a nadie y saludando a gritos. Lo comprendo, se acerca la hora del baile... Y al primero que encuentro le pregunto:

—¿Qué, te gusta la música de Jazz?

—¿Es para una entreviú?

—Podría ser si me contestas.

—Pues, simplemente, sí; pero me gusta la música en general...

—En preferencia...

—Ninguna, cuando me hace sentir alguna cosa. Y encuentro acertada la idea de difusión por mediación de discotecas. Ojalá otros hicieran igual.

—Así, ¿tu opinión sobre la música de Jazz...?

— Cuando la música es buena, es obvio opinar. Hay tanto escrito, que cualquier cosa puede hacernos sentir. Según el ánimo de cada cual. Un simple motivo de unos compases nos hará revivir recuerdos lejanos o bien removerá las cuerdas más sensibles de nuestro sentimentalismo. Es tan interesante la forma de expresión del autor, como nosotros el comprenderlo.

Lo que sí encuentro absurdo, es que muchos detractores de la música de Jazz, o bien de la música, se entusiasmen por un combate de lucha libre. ¿A qué es debido?

—Chico, no he estudiado psicología.

Y sacó su paquete de tabaco rubio, e invitándome me prometió que ya tendríamos ocasión de conversar más largamente.

Voy hacia la pista, no sin antes llevar el carnet bien visible, porque los conserjes lo piden a cada momento. Tengo el carnet tan perforado que parece un colador...

Las primeras parejas de incondicionales dan señales de vida. La orquesta, forastera, va bien: Pantalón negro y americana con rayas muy anchas, «la de bellas melodías», reza la propaganda. Pero de momento nos fiamos de la presentación. Se ve que interpretan un repertorio de preparación y circunstancias. Reservan sus números buenos para el final, cuando haya más gente... Un año más, dice el vocalista agarrándose al micrófono para que no se le escape. Es verdad, un año más, cada día nos hacemos más viejos —pienso—...

Encima de las mesas empiezan a verse los primeros «vermouths» y muchas gabardinas. La gente va entrando a montones. Es que la primera sesión de cine y el fútbol han terminado. Temo que estaremos estrechos. La orquesta empieza a desenvolverse y este «Sargento tímido» que ha tocado, lo ha interpretado muy bien. Yo le hubiera dado mayor graduación.

Estamos hacia el final y la gente invade la pista como una playa de moda. Tengo sed y calor. Al primer camarero que pasa le pido cerveza con tapas. —Perdón... Me he equivocado— digo a un muchacho muy «hot» con americana clara... pero el camarero no se ve por ninguna parte. Descubro en una mesa un sifón; discretamente me lo llevo y lo vacío...

Reservado

para

“Exclusivas Vallés”